

Entre la memoria y el olvido: represión, guerra y democracia en la Argentina

Publicado en: Marcos Novaro y Vicente Palermo (compiladores): *La historia reciente. Argentina en democracia*. Edhasa, Buenos Aires, 2004.

Vicente Palermo¹

* ¿Qué memorias, cómo y para qué, están siendo conservadas hoy en Argentina, en relación a su pasado reciente, a dos acontecimientos tan traumáticos como el terrorismo de estado y la guerra de Malvinas? Mi punto de partida será la recuperación de la democracia en 1983, y la relación, entonces, de memoria y política. El lugar de Raúl Alfonsín primero disputando por el voto de los argentinos y luego buscando formas de poder gobernarlos. Difícilmente haya tenido tiempo en aquel entonces Alfonsín para leer filosofía o teoría pero, al tratar de comprender ahora las formas en las que intentó reunir memoria y política en esa coyuntura incierta y peculiar (que era al mismo tiempo el inicio de su presidencia y la instauración de un nuevo régimen), me vienen a la pluma autores como Vincenzo Cuoco (1975), manteniendo que el amor a la patria – en acepción republicana – debe ser sostenido por un sentido de auto-respeto, y de respeto por la propia cultura e historia, y Ernesto Renan, observando que el olvido, e incluso el error histórico, son factores esenciales en la creación de una nación².

Porque el Alfonsín que tejía lazos representativos con los hilos del pasado y el futuro – “Yo no los convoco, argentinos, los convoca a todos la historia, los convoca el futuro, los convoca la dignidad nacional, los convocan nuestros hijos...” (23-03-1984) – no dejaba sin respuestas preguntas implícitas tan poco oportunas como insoslayables en un país al que le pisaban los talones los fantasmas de los que pretendía huir. Preguntas como *¿qué historia? ¿qué dignidad nacional nos convocan?*

¹ Quiero agradecer a Julián Corvaglia la asistencia de investigación, así como a Graciela Fernández Meijide, Héctor Leis, Federico Lorenz, Iván Llamazares, Marcos Novaro, Graciela Reich, Juan Carlos Torre y Loris Zanatta, el diálogo sostenido en base a un primer borrador del texto, pero hago explícito que ello no supone que compartan necesariamente las opiniones aquí vertidas.

² Ernest Renan: *Qu'est-ce qu'une nation?*, Paris, 1882, en *Oeuvres complètes*, Calmann-Levy, 1947, citado en Gellner (1993).

En efecto, ¿cómo construir algún respeto y amor a la patria y la república que estaban queriendo ser refundadas, con semejante pasado a cuestas? ¿Qué precisaríamos y podríamos olvidar para hacerlo y qué, en cambio, precisaríamos y podríamos recordar? El discurso de Alfonsín constituía un esfuerzo por edificar esa autoestima sobre la base de olvidos así como de indulgencias. Un primer plano, amplio, era una suerte de propuesta y relato, en clave (valga la contradicción) populista-republicana, por el que los argentinos íbamos al reencuentro de la república. El relato recuperaba las tradiciones populares, y presentaba una visión global de la historia doblemente polar: oligarquía-autoritarismo vs pueblo-democracia. Las tensiones vividas en este segundo polo eran enfocadas con el cristal del “desencuentro de los argentinos”, por el cual “unos nos rasgábamos las vestiduras en el altar de la libertad y otros en el de la justicia social, mientras en las gradas la oligarquía bajaba el pulgar, decidiendo la muerte de la democracia”³. La propuesta partía de la necesidad de un compromiso democrático, en el que los temas constitucionales adquirirían una inédita centralidad. Quizás no exageramos diciendo que, esta vez, las fieras populistas e incluso movimientistas argentinas parecían domeñarse bajo el coraje de un domador republicano. Un segundo plano atendía las pesadillas más recientes: la violencia política y el terror estatal y la ocupación de las islas Malvinas. La demonización tanto de los grupos revolucionarios armados como de los responsables del terror de estado, exculpaba a la sociedad de las acciones de ambos, así como lo hacía también en lo que atañe al conflicto militar con Gran Bretaña, donde se limitaba a la impugnación sin atenuantes de los generales aventureros.

El cemento de autoestima y autorespeto con que se unían los ladrillos del precario edificio de una patria republicana estaba pues compuesto de memorias, pero sobre todo de olvidos conspicuos y muy generosas indulgencias. Si, a pesar de los desencuentros, lo *mejor que tenemos* seguía siendo el pueblo, lo que debía recordarse y olvidarse de diez años en los que, tanto en la breve democracia como en la más prolongada dictadura, vastos sectores sociales habían sido algo más que meros espectadores de escena, debía permitir que aquella convicción se mantuviera en pie. Transcurridas ya dos décadas de ese momento fundante, aquella propuesta de mesuradas dosis de memorias y olvidos se ha desdibujado al calor de nuevos y traumáticos procesos sociales y políticos y, a pesar de que en parte esto ha servido para alejar las memorias del “error histórico” de Renan, el panorama actual es motivo, al menos para nosotros, de incertidumbre e inquietud.

* Tempranamente la propuesta de memorias y olvidos en relación al pasado reciente – más allá de sus inconsistencias analíticas – mostró problemas

³ Reportaje en la revista *Humor*, de julio de 1981.

insalvables. Su verosimilitud cultural era demasiado débil, quizás más aún que el relato según el cual las mayorías populares se reencontraban entre sí y con la república. La propuesta no carecía de virtudes: procuraba – acompañando una limitada pero sustancial dosis de justicia en relación a los crímenes – desmontar el amenazador potencial deletéreo del conflicto creado para la democracia, pero *sin olvidar* aspectos esenciales del terror estatal. Recuerdo y justicia limitados pero necesarios, se entendía, para transformar esa terrible experiencia histórica en una activa memoria y un irreversible patrimonio colectivo.

Traigamos ahora a escena otros actores de la transición argentina. Las organizaciones de derechos humanos, muy activas, aportaban a la transición, junto a sus demandas de verdad y justicia, una noción de *sujetos de derecho* (González Bombal, 1995), cuyo potencial instituyente, si iba al encuentro de la propuesta que el presidente formulaba en el terreno de la política convencional, era suficientemente novedoso como para que pueda hablarse de un movimiento social. Las fuerzas armadas, que no habían conseguido, tras el colapso del régimen que siguió inmediatamente a la derrota militar, ninguna garantía de no revisión de los crímenes masivos cometidos (precisamente la negativa por parte de Alfonsín a ofrecer estas garantías definió los términos de la transición), estaban profundamente divididas y sus cuadros intermedios en latente rebeldía frente a los superiores, a quienes sospechaban dispuestos a sacrificarlos. El Partido Justicialista, aturdido por la derrota electoral inesperada, procurando resolver sus graves disensiones internas se encontraba aglutinado en una oposición cerrada al gobierno. El telón de fondo en esta escena es obvio: el terror de estado extremadamente reciente, las víctimas más directas y sus familiares con sus heridas en carne viva, los victimarios aún en sus casas y en sus cuarteles; el conocimiento público de los hechos no solamente era inevitable; también era imprescindible, y formaba parte de la estrategia de politización republicana básica definida por el propio Alfonsín - nada que se compare a las décadas interpuestas entre la sangrienta *paz de Franco* y la transición democrática española. La orientación del gobierno no podía ser sino incongruente: necesitaba *al mismo tiempo* traer a luz pública la índole del terror de estado, y limitar la aplicación de la justicia sobre sus responsables.

Así las cosas, la dosificación de memorias y olvidos resultó muy diferente a la prevista por Alfonsín, y el propósito de mantener una memoria activa sin que el pasado irrumpiera como amenazador conflicto en el presente, no se cumplió. Sometida a las fuerzas en pugna, la estrategia de limitación de la justicia inicialmente diseñada falló. El resultado no fue una justicia menos limitada, sino una justicia limitada ahora por retrocesos – las llamadas leyes de Punto Final y Obediencia Debida –, cuya magnitud se agrandaba a la luz del conocimiento público de los crímenes arrojado por el *Nunca Más* y por el Juicio a las Juntas militares de la dictadura, retrocesos percibidos como oprobiosas

concesiones arrancadas por la fuerza a un poder político considerado pusilánime y temeroso de valerse del vasto rechazo social a las pretensiones militares, expresado en multitudinarias movilizaciones, para resistir.

Puede percibirse claramente esta trayectoria de memorias y olvidos en la evolución del movimiento de derechos humanos en sus orientaciones y articulaciones sociales a lo largo del tiempo. Antes de abordarla regresemos un momento a la propuesta-relato con que Alfonsín pretendía conciliar las tradiciones populistas con la república y recrear la dosis necesaria de autorespeto y orgullo hacia una patria más entendida en clave constitucional (“con la democracia se come, se educa, se cura...”) que nacionalista. A pesar de algunos éxitos parciales (v.g. el acuerdo de paz con Chile por el Beagle) aquella propuesta-relato no encontró en qué apuntalarse. Su efectividad socio-cultural dependía de desempeños políticos, sociales y económicos que no concurrieron en su ayuda. No se volvió a los enconados enfrentamientos entre peronistas y antiperonistas ni se reeditaron los grandes relatos que habían acompañado aquella polarización, pero el propósito de proporcionar a los argentinos un relato básico y memorias compartidas capaces de suscitar *amor di patria* en clave republicana (Viroli, 1995) se extravió en un juego interpartidario sin cooperación, la crisis económica, la hiperinflación, los saqueos, la derrota electoral y la entrega anticipada del gobierno en 1989.

El discurso de Carlos Menem hace patente esa pérdida; Alfonsín aún había podido decir verosímilmente a los argentinos que no los convocaba él sino la historia y la dignidad nacional; el nuevo presidente no perderá el tiempo en intentos de reedificar un edificio en ruinas. Su convocatoria a los argentinos no regresará – como muchos lo temían – al populismo tradicional (es difícil creer que Menem no advirtiese el indeseable potencial de exclusión de este registro); consistirá en cambio en la propuesta de dejar definitivamente atrás los fantasmas del pasado mediante su simple olvido. El de Menem es un relato más homogéneo y más simple; no se trata de un encuentro de tradiciones que se supieran recíprocamente problemáticas, era más bien una banalización del pasado, la negación de las diferencias que colocaba todo en un mismo plano de insignificancia (“fue un enfrentamiento masivo, una suerte de guerra sucia que regó nuestra tierra de sangre de jóvenes argentinos”, dirá por ejemplo sobre la violencia de los 70; *Clarín*, 25 de marzo de 1996). Sus metáforas discursivas - los argentinos tenemos que mirar hacia adelante, olvidar aquello que nos separó en el pasado, porque los que se la pasan mirando al pasado se convierten en una estatua de sal – y sus acciones simbólicas (como su abrazo con el almirante Isaac Rojas) acompañaban su propuesta de “reconciliación” (que configuraba, también en este campo, como en el de las reformas neoliberales de la economía y el estado, una suerte de fuga hacia adelante), en la que las propias identidades políticas, las tradiciones político culturales y los conflictos, se disolvían. En ese

marco, artificial y hasta forzado, los indultos presidenciales de 1989 y 1990 beneficiaron entre otros a los altos jefes militares condenados por tribunales federales en 1985, bajo la justificación de una necesaria “pacificación” cuando no había ninguna amenaza de guerra civil en ciernes. Así, en Menem, el medio para superar conflictos que, hipotéticamente, estaban impidiendo a los argentinos avanzar, consistía en apagar la memoria de los acontecimientos que los originaron, dejar de referirse a ellos (“Yo creo que es fundamental un arrepentimiento a los efectos de que en este país totalmente pacificado podamos conseguir la reconciliación en el marco de la pacificación de los sectores que *todavía* siguen debatiendo este tema”; 3-05-1995; véase Feld, 1998) – rumbo diametralmente opuesto a la dirección de memoria activa trazada por Alfonsín al crear la CONADEP, editar el *Nunca Más*, y juzgar a las juntas militares.

La propuesta era demasiado endeble para proporcionar a los argentinos elementos de reconocimiento digno en su propia historia, y para dar cuenta de los conflictos más trágicos y más recientes. Los indultos, según el presidente, estaban orientados a “pacificar” dejando atrás el pasado (constituían de hecho el acto político que sancionaba el olvido); pero su impacto fue transformado por inevitables irrupciones de ese pasado en sus aspectos más siniestros, de gran repercusión pública, bajo la forma, por ejemplo, de “confesiones” de algunos represores (siendo el caso del capitán Scilingo el más conocido) en las que, por primera vez desde los cuadros uniformados, se admitía la existencia de un plan represivo criminal, no ya de meros errores y excesos. Se desarrollarán así formas de memoria y de olvido muy diferentes a las previstas.

* En primer lugar, existe una forma peculiar de reunión del pasado y el presente que denominaremos *memoria fijada*⁴. Es una suerte de hiper-memoria en

⁴ Nos parece importante aclarar que el concepto de “memoria fijada”, al menos en la forma en que aquí lo utilizamos, no carga el juicio despectivo o peyorativo habitual en el uso del término “resentimiento” sea en la polémica política sea en el lenguaje coloquial. El concepto aquí propuesto se aproxima en parte al de “memoria traumática” (desde el punto de vista psíquico, *trauma* es aquella vivencia que por su intensidad arrasa con las posibilidades de elaboración psíquica, y por ende es inelaborable, la característica de la vivencia traumática, es que no puede “hacerse pasado”, sino que tiene una insistencia tal que sigue produciendo efectos en el presente - agradezco a Graciela Reich su diálogo sobre este punto -. La dificultad con el concepto de “memoria traumática” es que, estrictamente, la “memoria traumática” no es verbalizable, precisamente el “trauma” bloquea cualquier discurso de sentido; parece obvio que, en relación a los procesos que aquí discutimos, no se trata para nada del caso. Por otra parte, el problema con nuestra opción es que nos aparta de una tradición de filosofía y teoría políticas desde la que también podría pensarse la cuestión. En efecto, desde Nietzsche en adelante la conceptualización del fenómeno del resentimiento se ha constituido en una pauta insoslayable para la comprensión de fenómenos modernos y contemporáneos (sin que esto suponga compartir el núcleo explicativo o valorativo del autor de *Genealogía de la moral*), y a la sazón sigue siendo importante la literatura especializada que lo utiliza (véase, por ejemplo, Bresciani y Naxara, 2001) en diferentes enfoques. A pesar de ello, en tanto nos permite dar cuenta, entendemos, de formas de identificación y acción colectiva, en el campo que es objeto de consideración en este texto, y, al mismo tiempo, desarrollar la discusión dentro de debates presentes en filosofía y teoría políticas, preferimos, con todas las salvedades necesarias, mantener el uso de la expresión *memoria fijada*.

tanto determina por completo el presente – sus sujetos se relacionan entre sí y con el mundo a partir del sentimiento originado en los agravios sufridos y de la imposibilidad de olvidarlos o perdonarlos, transformada en irreductible exigencia condicionante de todo vínculo. El dolor de muchas de las víctimas que no han tenido la posibilidad de ver traducidas sus demandas de verdad y justicia en reconocimientos institucionales y personales de responsabilidades y en la aplicación de penas, se transforma así en una *memoria fijada* como principio de acción colectiva⁵. Este abrumador “exceso de memoria” (Leis, 2002), conduce a una acción expresiva de reiteración ritual⁶. Tal reiteración ritual conlleva, a su vez, sus propios olvidos, que consisten en una reconfiguración mítica de la identidad de las víctimas; estas pasan de ser recordadas como “jóvenes inocentes” a serlo como “héroes revolucionarios”⁷. Una forma inicial de “olvido”,

⁵ La demanda de justicia estrictamente considerada da paso – no porque no se haya exigido justicia, sino porque se asume ya que ella es imposible – a acciones y discursos cuyo principio orientador es vindicativo. Es preciso resaltar que se trata de un orientación eminentemente simbólica e incluso ritual. No solamente porque no hay, que se sepa, acciones orientadas a la aplicación personal de la “ley del Talion” infligiendo a los destinatarios una violencia física (los casos contados de reacciones de este tipo, que no pasaron de acciones bastante inofensivas, son por el contrario enteramente impremeditados, fortuitos). También porque es la ritualidad la que hace posible la traducción de cualquier – enteramente comprensible – deseo personal en un principio de acción colectiva y repetible. Es esto último, y no las predisposiciones personales, lo que nos importa resaltar aquí. Glotz (1980) radica en la antigua Grecia el nacimiento de la ruptura entre la vengaza privada y la justicia *estatal*, considerando esta última no sólo limitante de la acción privada sino también liberadora – liberadora de la carga de la obligación de hacer justicia por las propias manos y también, hasta cierto punto, de los sentimientos de agravio que la reparación puede disipar en las víctimas (y de los que anteriormente sólo podían liberarse a sí mismos los que contaban con medios para hacerlo – vengar la muerte de un familiar, la honra ultrajada, etc., lo que proporcionaba una compensación moral, hasta una especie de consuelo a pesar de lo irreparable de la pérdida sufrida). Desde entonces son perfectamente distinguibles *venganza* y *justicia*; pero si la punición de un mal que cabría a la justicia no tiene lugar, las víctimas del mismo pueden no liberarse ni de la responsabilidad de hacer justicia ni de la totalidad de los sentimientos de agravio. Esto es bien conocido; con todo, el problema que resaltamos aquí es el hecho de que esa “no-liberación” se haya traducido en principio de acción simbólica y ritual. La práctica de los *escraches* quizás ejemplifique el punto – un documento (véase Medici, s.f.) expresa por ejemplo que “Si no hay justicia, hay *escrache*”.

⁶ Incluimos en ésta y en varias de las notas siguientes, declaraciones o testimonios de diferente tipo que ilustran estos rasgos. En un recital organizado por la Asociación Madres (“Encuentro de rock para contar”, marzo de 1996), en el que se reunieron unas 20 mil personas, en su mayoría jóvenes y adolescentes, Hebe de Bonafini se declaró contenta porque “sangre nueva llenaba la plaza”, y expresó que “todo revolucionario vive alegre porque lucha... cuando nos necesiten vamos a estar, porque somos madres de los 30 mil desaparecidos y de todos ustedes” (véase Lorenz, 2002). Un volante decía que “La sangre de los desaparecidos será vengada el día en que nuestro pueblo sea feliz”.

⁷ En un recital de 1997 de conmemoración de las dos décadas de creación de las Madres, Bonafini expresó a los jóvenes reunidos: “hoy aquí estamos festejando los 20 años de lucha... contra el ejército y la policía... cuando nuestros hijos dieron su vida para que hoy nosotros pudiéramos estar aquí, nunca imaginamos que íbamos a poder festejar los sueños y las esperanzas que hoy todavía tenemos... tratamos de ser el puente entre ellos y ustedes...” (CD Ni un paso atrás, Asociación Madres de Plaza de Mayo y Página 12, 1999). Durante la primera aparición pública de Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio, Lucía García interpelló a los integrantes presentes enfatizando la necesidad del “rescate del pasado militante de sus padres, y la continuidad de la lucha en la que muchos de sus padres habían dejado la vida” (...) “tenemos la verdad de nuestro lado... nuestros viejos decidieron tenernos... sabían que por ahí ellos no verían la victoria... y quisieron que lo viéramos nosotros... cómo no vamos a reivindicarlos... está el pueblo que resiste todos los días... porque resistir es vencer, compañeros, no nos han vencido...”. En este caso,

el mito de la inocencia – que, en la medida en que se aceptara, impedía pensar tanto el pasado como el presente –, es reemplazada por otra, una mitificación heroizante de las víctimas del terror de estado⁸. Mitificación porque pretende ser fundante, y heroización porque relata los hechos como años dorados protagonizados por espartacos⁹ y porque traza una continuidad entre acciones pasadas y presentes, reivindicando como propias las causas por las que aquellas víctimas supuestamente dieron su vida¹⁰, sin cuestionar ni métodos ni finalidades ni el vínculo entre unos y otros, ni interrogarse por la relación entre aquellas opciones y los resultados históricos (de modo que es algo muy diferente a una exhaustiva memoria activa que se hace cargo de las condiciones enteras de lo que ocurrió, y de la responsabilidad colectiva y personal así como es capaz de juzgar conforme a una moral personal y una ética política, acciones de personas, no sólo en términos de “errores” sino en términos de responsabilidades en cuanto a la utilización instrumental de la violencia y en cuanto a la comisión de actos criminales). En sus posiciones más extremas, el tipo de negación u olvido fundante se aproxima al de los apólogos del terror estatal. Estos niegan la existencia de crímenes masivos y de una metodología sistemática, pero admiten “errores y excesos”; los defensores de los años dorados niegan los perfiles tendencialmente totalitarios de las prácticas y las orientaciones de entonces,

recibe un significado ideológico hasta la decisión de la paternidad. Pero esto se aproxima a la valorización *ex post* que algunos padres de desaparecidos hicieron de sus hijos, si bien para incomodidad y disgusto de otros: “Discutimos muchas veces a raíz de que él decía hablando de su hijo desaparecido que había muerto el mejor; yo le recriminaba esa actitud con respecto a sus otros hijos. Se construía la idea de que sólo se era apreciado si se había sido un héroe. Además de que no estaba probado que ninguno lo hubiera sido, ¿quiénes éramos nosotros para andar otorgándole heroicidad a nuestros hijos? Me parece que los que hicieron encarnar ese sentimiento en algunos de los hijos de los desaparecidos – por suerte la mayoría se dedicó como pudo a reconstruir su vida – los ataron a repetir *clichés* verbales y gestuales que no les producen crecimiento ni cambio útil” (testimonio al autor).

⁸ Sobre el papel desempeñado por el “mito de la inocencia” durante la transición democrática, véase Novaro y Palermo (2003), cap. VII.

⁹ Ya en 1986, cuando se hacen por primera vez actos de repudio a la dictadura y al terror los 24 de marzo (aniversario del golpe de estado de 1976) en sectores de las Madres de Plaza de Mayo estos rasgos son visibles. El periódico *Madres* de ese mes sostiene que “...muchos jóvenes muy valientes, nuestros queridos hijos, se quedaron aquí, aun sabiendo que entregaban su vida. Muchos de nuestros hijos lo dijeron: somos militantes populares y estamos orgullosos de lo que hacemos...”. Hebe de Bonafini explicaba que aunque “todavía se nota miedo en la gente... somos la conciencia viva del pueblo”.

¹⁰ El periódico *Madres* de mayo de 1992 expresa la “reivindicación [de los] hijos como lo que fueron: luchadores de su pueblo dispuestos a darlo todo, incluso la vida misma, para que haya techo, pan, justicia y dignidad para las mayorías populares”. Atribuyendo una identidad común a las víctimas, se señala que “...los militares secuestraron y desaparecieron a 30 mil revolucionarios” (*Madres*, mayo de 1993). La *Declaración Popular* emitida por muchas organizaciones conjuntamente en marzo de 1996 establece vínculos entre la actualidad y aquel pasado en los siguientes términos: “esta declaración es hecha *desde el compromiso con nuestra historia y con quienes dieron su vida y su libertad en defensa de un proyecto popular*”. En el discurso de cierre de una de las marchas se expresó que “el comienzo del Tercer Milenio debe encontrarnos juntos en la lucha *por el país que soñaron quienes hoy estamos reivindicando*. Un país con plena vigencia de todos los derechos humanos, con trabajo, dignidad, libertad, soberanía, memoria y justicia”.

omiten una discusión sobre el uso sistemático de la violencia (cuando no la defienden expresamente) y niegan la comisión siquiera de errores y excesos.

La memoria fijada instala, además, firme y definitivamente al “otro” en el pasado, niega toda posibilidad de que el “otro” – en este caso principalmente las fuerzas armadas como institución – pueda ser en el presente o en el futuro algo diferente de lo que fue en aquel pasado¹¹. Quizás algunas de las reacciones en relación a las declaraciones del general Martín Balza, enderezadas a la admisión de responsabilidades, en 1995, también ilustren este punto. El intenso impacto público de una serie de “confesiones” de ex represores, pareció haber creado dentro de las fuerzas armadas un cambio en la relación de fuerzas que fue aprovechado por el jefe de estado mayor del ejército Martín Balza, en abril de ese año, para avanzar en una dirección impensable hasta entonces. Es posible que el efecto reconfortante que sus argumentaciones novedosas haya sido ampliamente superado por el efecto deletéreo de las confesiones de los “quebrados”, quienes, pese a tales confesiones, “como militares” no se arrepintieron de nada y no dejaron de recordar “haber ganado una guerra”, así como del cinismo de varios llamados a la reconciliación y de la no menos cínica negación de todo aquello que los otros reconocían, por parte del ex almirante Massera - llamados y negaciones que tuvieron, por su vez, amplio espacio en los medios. Por otra parte, la interpretación dominante en los medios de comunicación fue, pura y simplemente, la de que Balza, hablando en nombre de la institución, y reconociendo errores y responsabilidades pasadas, hacía todo lo que era necesario hacer para dejar atrás de una vez la cuestión. Como ha sido apropiadamente señalado por Feld (1998), los pasos dados por Balza son en realidad insuficientes en relación al pasado - una muy limitada y escasamente innovativa admisión de “errores” y responsabilidades.

Sin embargo, a nuestro entender, dichos pasos no fueron nada nimios en relación al futuro - no sólo un repudio a conceptos tales como el de la obediencia debida si relacionada a la comisión de crímenes, sino también a la tradicional autorreferencia de los militares como "reserva última de la nación"¹². Desde

¹¹ El 24 de marzo de 1995 activistas de la Asociación Madres de Plaza de Mayo colocan una pancarta en la ESMA: “Escuela de Torturadores y Asesinos de Mecánica de la Armada”; Hebe de Bonafini expresa en otra oportunidad que “los militares nunca van a poder hacer un acto en ningún lado salvo en sus sucios cuarteles, porque ellos son los verdaderos desaparecidos” (*Página 12*, 25-03-2001).

¹² En su declaración, Balza expresó que “Nadie está obligado a cumplir una orden inmoral o que se aparte de las leyes y reglamentos militares. Quien lo hiciera, incurre en una conducta viciosa, digna de la sanción que su gravedad requiera. Sin eufemismos digo claramente: Delinque quien vulnera la Constitución Nacional. Delinque quien imparte órdenes inmorales. Delinque quien cumple órdenes inmorales”. Seguidamente señaló que “La comprensión de estos aspectos esenciales hacen a la vida republicana de un Estado y cuando ese Estado peligrá, no es el Ejército la única reserva de la Patria, palabras dichas a los oídos militares por muchos, muchas veces.”. Antes había señalado, en relación al pasado, que “Las Fuerzas Armadas, dentro de ellas el Ejército, por quien tengo la responsabilidad de hablar, creyeron erróneamente

luego, es lícito interrogarse si aquella insuficiencia en relación al pasado no compromete la efectividad del compromiso en relación al futuro, o por la medida en que este compromiso trasciende a la persona y es un nuevo patrimonio de la institución. Cuál es la memoria institucional y cuáles son las pautas de comportamiento institucional en relación al futuro, son aún cuestiones abiertas. La toma de posiciones de Balza fue rechazada por los oficiales retirados del ejército, pero es difícil establecer cual es la representatividad de la actual "doctrina" en la institución, y más aún la solidez de las nuevas orientaciones. Con todo, sostener, como hace Feld, que las posiciones de Balza no representan nada nuevo, e identificarlas con la índole tortuosa de las confesiones de los ex represores, los llamados grotescos a la reconciliación por parte de ex torturadores para quienes se trata de "sentarse a la misma mesa", y la negación del ex almirante Massera, se aproxima demasiado, en vena académica, a la instalación inalterable del "otro" por parte de la memoria fijada. En verdad, entre aquellos que tuvieron una reacción convencional en los medios – el elogio complaciente al general Balza, completando las formas del saturamiento y de relato mitificado a las que se refiere Forster (1995) – y aquellos que hicieron todo lo posible por demostrar que bajo la apariencia de un cambio no existía nada, hubo muy pocos que recogieran el guante lanzado por Balza en términos de un diálogo duro y franco, reconociendo los avances, señalando los puntos débiles, y exigiendo respuestas sobre los mismos.

Para Feld, Balza no formuló ninguna autocrítica: "el mismo discurso no genera las condiciones para que este acto de 'autocrítica' se produzca... [sino que] reproduce ciertos lugares comunes que, si bien no son exactamente los que los militares usaban para hablar de la cuestión, instalan una misma interpretación global de los hechos del pasado... vuelve a la tesis de los excesos pero sin nombrarla... el uso del verbo 'delinquir' se ve neutralizado por el tiempo verbal en que se lo utiliza: el presente y no el pretérito... no lleva a cabo el acto que los familiares de los desaparecidos le reclaman a esa institución desde hace años: que dé explicaciones sobre el pasado... al no dar informaciones sobre lo sucedido ni reclamar el castigo para los culpables, la pretendida "autocrítica" de Balza obtura su valor de modificación de la realidad". En su declaración, no obstante, Balza dice claramente aquello que Feld considera debiera leerse en las entrelíneas de la misma: "Quienes en este trance doloroso perdieron a los suyos, en cualquier posición y bajo cualquier circunstancia, necesitarán generaciones para aliviar la pérdida, para encontrarle sentido a la reconciliación sincera. Para ellos no son estas palabras, porque no tengo palabras, sólo puedo ofrecerles respeto, silencio ante el dolor y el compromiso de todo mi esfuerzo para un futuro que no repita el pasado.". Por supuesto, es enteramente válido cuestionar la legitimidad,

que el cuerpo social no tenía los anticuerpos necesarios para enfrentar el flagelo y, con la anuencia de muchos, tomó el poder, una vez más, abandonando el camino de la legitimidad constitucional.".

justicia o pertinencia de este límite. Pero que él obture el valor de modificación de la realidad *in toto* también es enteramente discutible, a menos que el presente y el futuro estén sin más ni más determinados por la imposibilidad, o por la ausencia de voluntad, de revisar en el presente y en el futuro el conocimiento de los hechos, la memoria, las percepciones, juicios, personales e institucionales, y la exculpación o penalización de responsables o culpables de actos cometidos en aquel pasado. La experiencia histórica así como el análisis no permiten, a nuestro entender, alcanzar conclusiones tan definitivas. Por otra parte, otro aspecto objetable en la identificación que realiza Feld de la autocrítica de Balza con la toma de posiciones de los arrepentidos, los ex torturadores que llaman a la reconciliación y la negación de Massera, es en lo que se refiere al propósito de la formulación; en efecto, hablando ahora de todos (Scilingo, Balza, Massera, etc.), Feld señala que "La 'pacificación' que se presenta en escena *es el fin mismo del debate*. No sólo su objetivo sino también su final... se habla para que el relato deje de ser posible, se habla, en definitiva, para clausurar la cuestión...". Sin embargo, Balza hace explícito en su declaración que "El difícil y dramático mensaje que deseo hacer llegar a la comunidad argentina *busca iniciar un diálogo doloroso sobre el pasado, que nunca fue sostenido* y que se agita como un fantasma sobre la conciencia colectiva". Si estas afirmaciones tenían un valor performativo, sincero o no, era precisamente el de la apertura de un diálogo - al que muy pocos, a lo que parece, le tomaron la palabra. Entre las excepciones se cuentan Cheresky (1995) y, de modo menos explícito, Sábato (1995). Esta última señala que las confesiones de Scilingo tuvieron un efecto político "tal que produjo un cambio en el discurso oficial del gobierno y [sin duda aludiendo a las declaraciones de Balza] un viraje fundamental en el de las fuerzas armadas". Cheresky encara más abiertamente el valor novedoso de las declaraciones; en una nota redactada días después de formuladas éstas, las entiende como una estocada en profundidad contra la base conceptual e ideológica asumida por las instituciones militares hasta entonces: "...ha hablado a contracorriente ...como un ciudadano al mando del Estado Mayor". Cheresky parece procurar un diálogo, porque sus afirmaciones no están desprovistas de críticas, pero son acompañadas de un reconocimiento sin el cual ningún diálogo sería más que una farsa - el de que la posición del otro no es pétrea, puede cambiar: "Disentimos con algunas afirmaciones del ciudadano Balza. Referirse a errores... es un rótulo muy menor para los hechos ocurridos y las ideas en que se inspiraron... Hubiéramos deseado una plena asunción de la responsabilidad institucional en buscar el esclarecimiento de lo sucedido invitando a todos los militares a revelar su parte. *Pero no podemos tampoco pretender erigirnos en jueces o ponderadores de un proceso aún en curso...*". Jelin (2002), analizando las formas en que se entrelaza la configuración de relatos por parte de las víctimas de procesos represivos, con la constitución de identidades, subraya la importancia de la voluntad de escuchar: "...para relatar sufrimientos, es necesario encontrar del otro lado la voluntad de escuchar. Encontrar otros con capacidad de escuchar es central en el proceso de quebrar silencios"; desde luego,

Jelin está aquí refiriéndose a diálogos entre víctimas directas y personas empáticamente dispuestas a escucharlas. Sin embargo, esto mismo podría aplicarse a un tipo diferente de diálogo, en el que el quiebre de silencios también puede depender en alguna medida de la capacidad de escuchar, si entendemos por tal la capacidad de registrar y reconocer lo novedoso proveniente del "otro lado".

La memoria fijada colorea, a su vez, toda percepción y todo vínculo; en un maniqueísmo sin cortapisas, todos los que no expresan la posición de los sujetos de la memoria fijada pasan a ser equiparados con los represores. Así las instituciones democráticas, así los políticos¹³. Si las identidades se constituyen en base a una plena identificación con las víctimas, esto es rigurosamente lógico. La medida de todas las cosas, y de todos los regímenes políticos, es la imposibilidad de que dejen de ser víctimas (no solamente de las violencias de la dictadura sino de las omisiones "de" la democracia)¹⁴.

En un plano estrictamente personal, no nos cabe emitir juicio alguno, ni siquiera sobre aquellos que se sienten personalmente identificados con esta forma de memoria encarnada en las víctimas más directas. Cabe sí observar que esta tesitura no es la única existente entre éstas últimas (no lo es, por ejemplo, entre las madres de los desaparecidos). Más importante es interrogarse por la genealogía de esta memoria fijada, evitando caer en explicaciones puramente idiosincráticas y atendiendo a las circunstancias propiamente históricas¹⁵. Salta a la vista, en primer lugar, que el término *resentimiento* fue aplicado a las organizaciones de derechos humanos por primera vez en plena dictadura militar,

¹³ "Quieren vendernos que los asesinos *que esta democracia dejó en libertad* se transformaron en democráticos", declara Hebe de Bonafini en enero de 1989, en ocasión del ataque del MTP al cuartel de La Tablada. En 1996 expresa que "aquel plan institucionalizado por la dictadura es continuado por lo que hoy es una dictadura con votos", y que "el genocidio es reivindicado por las leyes de Punto Final, Obediencia Debida y los indultos". Una de las organizaciones HIJOS, sostiene más recientemente, por caso, la necesidad de "convertir nuestro dolor y nuestra bronca en lucha y organización... presentando un objetivo común: desenmascarar esta democracia hipócrita, derrotar este sistema criminal".

¹⁴ En la *denuncia* del notable *hip-hop rap* Estado resignado, del grupo local Actitud María Marta: "Me pesa toda la sangre que aquí fue derramada, pero a vos no te pesa absolutamente nada. Tus ojos están secos, estado resignado, ya ni te molesta la miseria a tu lado... digo con mi odio, odio que agradezco... Vomito, vomito, sobre tu cara resignada... porque yo no olvido nada... Llevo un beso que no puedes comprender... ahogada a la sombra de un muerto que me grita, que está mudo, que se incrusta a mis pies...".

¹⁵ Que sepamos, el primer trabajo en el que se tematiza la orientación de organizaciones de defensa de los derechos humanos en Argentina en clave de resentimiento es Leis (2002); para este autor, "en vez de un olvido reconciliador por culpas políticas compartidas (aunque con diferentes grados de compromiso criminal en los participantes de uno y otro lado), las Madres ofrecieron una sólida memoria mítica productora de nuevos resentimientos". Esta transformación de la demanda legítima por justicia sería, para Leis, un ejemplo de "cómo la matriz del resentimiento impregna los grandes acontecimientos de la historia argentina reciente". Sin entrar a discutir aquí la existencia o no de dicha matriz, o el alcance de su influencia sobre la historia reciente, nosotros preferimos una explicación centrada en los propios acontecimientos decisivos en la configuración de la identidad de las organizaciones.

como parte del discurso de los dictadores¹⁶. Y no se trataba de una imputación casual o irrelevante: estaba en juego qué compromisos los jefes del *Proceso* podrían arrancar a los partidos y a la sociedad para sepultar en el pasado toda posibilidad de verdad y justicia, y hasta lograr una legitimación explícita de la "lucha contra la subversión". En este contexto, sobre las víctimas, a la infamia de la masacre se sobreimprimía la infamia del cinismo de los propios masacradores. Pero, luego, será el propio gobierno democrático el que encuadrará el pasado - la "teoría de los dos demonios" - , de un modo que, para infinidad de víctimas directas, equivalía a una equiparación no menos infame. Para las madres de los desaparecidos, por ejemplo, equivalía a equiparar a sus hijos con quienes los habían secuestrado, torturado y asesinado. Es imposible no entender que el efecto agregado de todo esto fuera la configuración de una memoria fijada. No es raro que a la tosquedad de colocar en un mismo nivel de ignominia y de atrocidad a los represores estatales y a los guerrilleros, se acabara contraponiendo otra visión no menos tosca, la de héroes (se ve aquí que los defectos analíticos de la equiparación que hacía la teoría de los dos demonios, no tuvieron consecuencias inocuas). Por fin, frente a la propuesta menemista de simple olvido y condonación inclusive de la limitada justicia que se había concretado en los 80, la memoria fijada corporizada en algunas de las organizaciones, es - al trasladar a perpetuidad al presente, como forma de acción colectiva, los sentimientos generados por el pasado - la otra cara de la moneda (una sacrifica el pasado en el altar del presente, y la otra sacrifica el presente en el altar del pasado). Sería fácil execrar el resentimiento, pero es preciso por lo menos intentar comprender y asimismo asumir una difícil actitud de diálogo - difícil porque no podemos hacernos ilusiones sobre la facilidad de un diálogo con aquellos cuya acción colectiva está orientada por la memoria fijada.

Con el plano de fondo de los discursos que pugnaban por identificar y diferenciar, los acontecimientos ya referidos fueron claves: especialmente luego de los indultos de 1990 el contraste entre la mayor intensidad de una memoria, y la mayor ausencia de justicia, condujo a la consolidación de un núcleo de memoria fijada. Y la posibilidad de que el agravio traumático, o algunos de los rasgos ya indicados, se propagaran a sectores menos susceptibles de adquirirlos, fue mucho más elevada. La memoria fijada todavía es minoritaria; no lo es tanto, sin embargo, la difusión de algunos de sus rasgos, como la instalación pétrea del otro y un maniqueísmo que tiende a equiparar las instituciones representativas y

¹⁶ Flamante presidente, el general Viola, por ejemplo, se permite dirigirse a las organizaciones y en general a las víctimas directas diciendo que "para preservar la paz deberán aprender a superar el resentimiento" (marzo de 1981). Y este era, puede decirse, el tratamiento menos áspero que los jefes del *Proceso* se permitían dispensar a las "madres de los subversivos"; Viola era, en efecto, como presidente e independientemente de sus posiciones pasadas, la cabeza de un intento de contemporización aperturista, de modo tal que las calificaciones más típicas, tales como "locas de Plaza de Mayo" (que pretendían estigmatizar no solamente a las madres sino a todas las organizaciones del movimiento de derechos humanos), le estaban vedadas.

los políticos con la dictadura y los represores. Por lo que cabe preguntarse si, en combinación con otros procesos - crisis de identidades políticas, crisis de representación, desarticulación social, etc. - la eficacia de esta interpelación y forma de memoria y olvido no pueda ser mucho mayor desde ahora en adelante (razón de más para argumentar, comprendiéndola y criticándola).

Para empezar, el impacto de estos procesos de memorización y olvido se percibe en posiciones compartidas por grupos y actores dentro de lo que aún podemos considerar organizaciones de derechos humanos, y que no forman estrictamente parte de los núcleos de memoria fijada. Entre esos cambios está el desdibujamiento de las claves originarias que daban pertinencia al empleo del término *movimiento de derechos humanos*, su capacidad de instituir valores nuevos - las claves vinculadas a las víctimas como *sujetos de derechos*. Si la segunda mitad de los 90 fueron "un momento de instalación societal de los temas sostenidos hasta entonces por los organismos" (Lorenz, 2002), el problema es que esa instalación es un sólo proceso con la pérdida - no sabemos si definitiva - de las claves de su diferencia como sujeto. Ahora, disgregado su principio de diferencia, son más bien las organizaciones las que incorporan todo el bagaje "nacional-popular", dentro del cual lo propio es absorbido y resignificado (el antecedente llamativo fue la forma en que las organizaciones "inscribieron" sus demandas en el respaldo a la "causa" de las Malvinas en 1982; Novaro y Palermo, 2003). La clave épica para recordar el pasado identifica la lucha de hoy, y el conflicto de ese pasado es el mismo que el de hoy, sellando a su vez, en ocasiones, la más pura y simple homologación entre dictadura y democracia¹⁷. Así, la ambigüedad y la tensión que existían inicialmente en relación al régimen democrático, dan paso a una deslegitimación creciente del mismo, que es preciso "desenmascarar". Durante la transición y los primeros años democráticos, afirmaciones polisémicas como "no es posible una democracia sin justicia" eran habituales. Con el paso de los años, al centrarse sobre los gobiernos democráticos las demandas de verdad y justicia y los propios conflictos, algunos sectores no tuvieron mayores dificultades en identificar gobierno y régimen, impugnando a ambos. No negamos, no obstante, la importancia de que los organismos de derechos humanos se diferenciaron entre sí a lo largo del tiempo, en sus orientaciones tanto como en sus estrategias, tal como lo registran y analizan diferentes autores. Algunas organizaciones como CELS, APDH y otras son enfáticas en la defensa de la democracia; pero en sus orientaciones, el desplazamiento que destacamos aquí, así como otros cambios, son rasgos que comparten. En la re-memorización del terror de estado, el empobrecimiento de la perspectiva se percibe inclusive en los sectores menos recalcitrantes, cuyo acento se ha desplazado hacia temas tradicionalmente nacional-populares de izquierda,

¹⁷ En 1996, a dos décadas del golpe, las organizaciones se referirán al "marco en que se cumplen los veinte años, de resistencia popular en todo el país a este modelo de entrega, de relaciones carnales, del ajuste..." (citado en Lorenz, 2002).

y en un registro discursivo y simbólico que en nada se diferencia con los de esos temas (y si esto los aproxima a esos sectores, en la misma medida los aleja de otros de potencial receptividad de las claves originarias). Así, la lucha de entonces y la de ahora "son las mismas, y contra los mismos enemigos"¹⁸.

Pero esta reconfiguración de orientaciones cobra intensidad en un momento en el que, a su vez, los temas sostenidos hasta entonces por el movimiento de derechos humanos reconocen una implantación social fuerte y expandida - en coincidencia con el vigésimo aniversario del golpe de estado de 1976 y con el telón de fondo de las "confesiones" de antiguos represores. La repugnancia social frente a los indultos de 1990 fue muy extensa, y mantuvo un rechazo latente (excede los límites de este texto, aunque no de la tarea de investigación en curso, escudriñar si hubo durante los años de auge del menemismo una posibilidad real de que su relato se convirtiera en dominante de modo duradero) hasta que las "confesiones" y (ambiguos) "arrepentimientos" de 1995, trajeron nuevamente, con enorme repercusión pública, la cuestión a la orden del día, consolidando una visión dominante de impugnación del terror estatal (Lorenz, 2002), pero también haciendo más dolorosa la brecha entre conocimiento del pasado y justicia en relación al mismo, inclusive porque algunos de los principales responsables, como el ex almirante Massera, en libertad, reiteraron en medios de amplia audiencia sus negativas cínicas a lo que antiguos subordinados ahora admitían (la reaparición del rechazo activo a mediados de la década quizás esté vinculada, en parte, a características más coyunturales del proceso político y económico de los 90).

En este marco favorable, la mayor productividad político cultural de las nuevas orientaciones es innegable. Los estudiosos registran, por ejemplo, en la marcha y concentración de la Comisión Memoria Verdad y Justicia, de 1996, en Buenos Aires, la presencia de 50 a 100 mil asistentes, con la participación de muchos manifestantes independientes, familias, y una miríada de organizaciones

¹⁸ Ya en 1990, también para el grupo de organismos menos recalcitrantes y sectarios (APDH, Abuelas, Madres Línea Fundadora, CELS, MEDH, LADH, SERPAJ), la pérdida del principio de distinción es patente: en el acto público correspondiente al 24 de marzo, el eje no lo había constituido el recuerdo del golpe sino las críticas a la política económica. Al cumplirse los 20 años, la Comisión por la Memoria, la Verdad y la Justicia organiza una marcha con gran repercusión, y el acto central es convocado por unas 200 organizaciones: sindicatos, partidos, asociaciones gremiales, profesionales de artistas, confesionales, barriales, centros de estudiantes, defensa de derechos civiles, de minorías, y las propias organizaciones de derechos humanos. La capacidad de convocatoria era sin duda poderosa, pero era así más fácil una confluencia en claves de reivindicación y lucha nacional-popular que desdibujaban el perfil y la especificidad del movimiento de derechos humanos. En el acto central de conmemoración de los 25 años del golpe de estado de marzo de 1976, que reunió aproximadamente a 100 mil asistentes, integrantes de Madres Línea Fundadora declararon que "*la lucha de nuestros hijos es nuestra lucha*", interpelando a "una sociedad, que si no en su conjunto, respondió con una plaza de 100 mil personas haciendo un ejercicio inédito de recuperación de la memoria en la historia de nuestro país", identificando sin reservas el repudio conmemorativo del golpe, la dictadura y el terror, con "las luchas de los 70".

vinculadas a derechos civiles. Si hay algo que no puede decirse sobre las organizaciones y sus orientaciones, es que las primeras estén social y políticamente aisladas y que las segundas carezcan de receptividad cultural.

Las visiones y los relatos, con sus memorias y sus olvidos, de los dos núcleos irreductibles, no son analíticamente menos flojos que la "teoría de los dos demonios", y son en cierta medida análogos entre sí, ya que ambos sacralizan un protagonista y demonizan otro; pero su implantación y eficacia son muy desiguales. Sinceros u oportunistas, los pasos dados por el general Martín Balza en nombre del ejército en 1996, insuficientes sin duda, pero no insignificantes, evidencian un enorme retroceso estratégico desde los años de plomo y acusan el impacto producido por las "confesiones" y las vastas repercusiones sociales de éstas. El núcleo de quienes reivindican la "guerra sucia" en los términos en que lo hacían las fuerzas armadas durante el *Proceso* es ya, sin indicios de lo contrario, extremadamente minoritario y carente de eco en la sociedad. Por si fuera poco, la imagen pública del represor está pegada ahora a personalidades sórdidas o a "quebrados"¹⁹. El núcleo de recalcitrantes que rememora la "guerra sucia" como una gesta no se expande, ni siquiera se renueva generacionalmente; la derrota moral que la épica de la represión ha sufrido fue concluyente y quizás sea definitiva.

Precisamente la brecha entre la capacidad que han tenido de imponer un límite fáctico a la justicia, y la magnitud de esta derrota, es una clave para entender los efectos presentes del problema. Por otra parte no hay, para dar un ejemplo, un Renzo De Felice para el *Proceso*²⁰. No sólo porque la densidad histórica de la última dictadura militar así como la de sus jefes es muy inferior a la del fascismo italiano; también porque los respaldos sociales presentan a su vez agudos contrastes en magnitud y en forma. Ya desde los 80, a las clases y los sectores que alentaron en Argentina, con prudente duplicidad, la masacre, les costó demasiado poco desentenderse de ella después (ayudados en parte por las limitaciones del relato alfonsinista). En cambio, la narrativa histórico-periodística es la que predomina: *El dictador*, una especie de biografía negra de Videla, redactada por dos periodistas del diario *Clarín*, María Seoane y Vicente Muleiro, está escrito desde el principio al fin con el propósito de mostrar el monstruo

¹⁹ Como el capitán de fragata Astiz, o el capitán de navío Scilingo; Astiz era un represor de celebridad siniestra desde comienzos de los 80, cuya pésima reputación, dígame de paso, para muchos se había agigantado al rendirse "sin combatir" en un episodio de la guerra de las Malvinas. Scilingo admitió públicamente que la armada realizó con regularidad los denominados "vuelos de la muerte", proporcionó abrumadores detalles sobre los mismos y reconoció haber tomado parte en ellos.

²⁰ Renzo de Felice es un historiador serio y profundo del fascismo, y biógrafo de Mussolini, que, si bien en modo alguno podría considerarse un apólogo del fascismo o del *Duce*, irrumpe desde mediados de los 60 en la historiografía italiana sobre el régimen dando lugar a polémicas violentísimas, y contribuyendo, tal vez sin desearlo, a la reorganización del campo intelectual de la derecha nacionalista peninsular (véase por ejemplo De Felice, 1966 y 2000).

diabólico que habría sido Videla, y el resultado es bastante curioso. El libro tiene dos partes, la primera es una historia de la familia Videla desde mediados del siglo XIX, cuya clave de comprensión -esquemmatizando muy poco - es que los Videla habrían sido “genocidas” ya desde aquellos tiempos, y la segunda está dedicada a demostrar que el primer presidente del *Proceso* era un auténtico genio del mal²¹.

Aunque esto no significa, desde luego, que el *mix* de memorias y olvidos, o las orientaciones, de los diferentes sectores del movimiento de derechos humanos, sean mayoritarias en la sociedad argentina, la implantación de las mismas en grupos sociales más amplios es innegable. No obstante, ese mayor alcance no puede entenderse exclusivamente en arreglo a las formas en que la terrible herencia del terror de estado se procesó durante la democracia. La eficacia interpelativa de las nuevas orientaciones se potencia al combinarse con otras interpelaciones en procesos que trascienden la problemática - histórica y política - de derechos humanos en sentido estricto. En los últimos años ha ganado, por mérito propio, terreno en las juventudes una reinterpretación de pinceles muy favorables de los ideales y del compromiso de los militantes de movimientos populares de la década del '70. Aunque es muy probable que este fenómeno encuentre un estímulo en la crisis social, la injusticia y la desigualdad crecientes desde mediados de los 90, creemos que un factor aún más importante es, precisamente, una necesidad generacional identitaria de relatos históricos. Detalle nada trivial, 25 años desde el terror de estado, y 20 años desde la guerra de las Malvinas, son lapsos suficientes para que nuevas generaciones necesiten construir sus “memorias” como parte de su propio y complejo proceso de configuración de identidades, *enteramente con los materiales ofrecidos por actores preexistentes*. Y esos actores preexistentes no ofrecen materiales elaborados o reelaborados durante la democracia; las experiencias políticas y/o político culturales de la generación cuya primera juventud coincidió con la instauración democrática, parecería que poco tienen que ofrecer a las siguientes, como no sea decepciones, fracasos, la insipidez de las transacciones sin ilusiones ni gloria. Y es claro que los nuevos jóvenes necesitan relatos, y los relatos existentes van a su encuentro ofreciéndoles determinadas formas de memoria - en especial, épicas de las luchas populares de los 60 y 70. Ello en un contexto de crisis social y política, crisis que si por un lado hace más ingente que nunca la necesidad de identidades y relatos, por otro ha acabado de destruir aquellos relatos que acompañaron el regreso y las décadas de democracia hasta ahora transcurridas: el que había formulado Alfonsín en 1982-83, como ya dijimos, en clave populista-republicana, y el que hizo Menem, de dar vuelta la página, de olvido y reconciliación “pragmática”.

²¹ Como en mi modesta opinión Videla era antes que nada un pobre infeliz (lo cual no lo exime de la responsabilidad por sus crímenes gravísimos, como la banalidad no eximía a Eichman, para apelar a un ejemplo clásico), no puedo menos que expresar mi desconcierto sobre esta biografía.

A fuerza de nuestras propias experiencias catastróficas, los argentinos antes de comenzar el siglo XXI hemos conseguido liquidar todos los orgullos, más ampulosos o más módicos, del XX²². Más a la intemperie que antes, es fácil que las galerías nacional-populares de todo tipo ofrezcan un cobijo a los jóvenes. Mucho más fácil que las republicanas, endeblas, o destruidas por el peso de los fracasos pasados. No es raro, entonces, que para los jóvenes de hoy pueda quedar apenas en pie el orgullo épico de aquella generación que aunque fue vencida (porque, ¿qué tiene de inglorioso ser vencido?) lo fue (según la rememoración épica) luchando “dándolo todo por una causa noble”. Es una forma peculiar de memoria y de olvido que no está tan distante a su vez de la memoria fijada: quien añora (algo diferente incluso a sentir nostalgias), si es cierto pasado el objeto de sus añoranzas, *lo está trayendo al presente*. Aquellos de entre los jóvenes de hoy que añoran, lo hacen de una época que no vivieron, pero, en común con muchos jóvenes de los 70, que no *nos* caracterizábamos precisamente por una reflexión acerca de las consecuencias de las acciones políticas, y los medios elegidos²³, rememoran la épica, la gloria, la voluntad de los 70, sin examinar suficientemente las consecuencias de las opciones, las elecciones y las acciones. Tal vez sin advertirlo, se han colocado en un tiempo cinematográfico, el de *retrofuturo* histórico, el anterior al despliegue completo de los acontecimientos. Parafraseando a Joaquín Sabina, la peor nostalgia es la de “añorar lo que nunca jamás sucedió”.

Tal vez pueda conjeturarse que la sucesión de catástrofes colectivas está creando una elevada y peligrosa tendencia de “re-memorización” en clave de *orgullo de los vencidos* (y aquí podría llegar a haber confluencias y reuniones inesperadas, como algunas que de hecho se están percibiendo, por ejemplo en torno a las cuestiones de “despojo” territorial, como las vinculadas a Malvinas), contra los blancos habituales nacional populares (“imperialismo”, “régimen”, democracia “liberal”, “partidocracia”). Este proceso de re-memoración puede hacerse tomando materiales de los más diversos y heterogéneos, y en parte debido a esa diversidad y heterogeneidad buscando las líneas de oposición más fáciles para constituir *nosotros* constituyendo adversarios (muchos jóvenes de clase media y aun de sectores populares se sabe de memoria el estribillo de la canción de Mignona y Lito Nebbia: “si la historia la escriben los que ganan, eso quiere decir que hay otra historia: la verdadera historia, quien quiere oír que oiga...”). En muchos sectores, en ese proceso, “no olvidar” es de hecho la palabra

²² Ahora tenemos, al cabo de 20 años democráticos, menos que antes, casi nada. Al fracasar la propuesta alfonsinista se pierde también una posibilidad, porque aquella propuesta siquiera se apoyaba en un pasado y en una tradición auténticas (republicanas en parte). La viabilidad de la propuesta menemista era imposible desde el comienzo, y el olvido que el menemismo proponía dependía de una suerte de convertibilidad mental y colapsó con ella.

²³ Una discusión excelente al respecto en Hilb (2003).

de orden; pero ¿qué es exactamente lo que no hay que olvidar? Películas conmemorativas que han tenido gran difusión, como el documental *Malajunta* sobre la dictadura, o *Cazadores de Utopías*, centrado en “la militancia revolucionaria de los setenta”, así como textos, entre la epopeya y la conmemoración nostálgica, como *La Voluntad*, de Caparrós y Anguita, y *Diario de un Clandestino*, de Miguel Bonasso, ciertamente constituyen formas de memoria, o más bien de proporcionar memorias a quienes las buscan, pero también de proporcionar olvidos. Como observa con agudeza la periodista Gabriela Cerruti sobre *Cazadores de Utopías*, el documental constituye “toda una proeza: una película de más de dos horas sobre la historia de los montoneros sin nombrar ni una sola vez a Mario Eduardo Firmenich, ni a Rodolfo Galimberti, ni a Roberto Perdía o Fernando Vaca Narvaja”. Martín Caparrós, uno de los autores de los tres monumentales tomos que componen *La voluntad* (básicamente, testimonios de los 70), explica el espíritu que preside la obra (*Veintiuno*, 12-11-1998): “...hablar de los 70 hasta ahora fue hablar de lo malo que eran los malos y cuánto sufrieron sus víctimas. El modelo *Nunca Más* se impuso durante quince años y, aunque amenazado, sigue siendo el más fuerte: recuerdo hecho de historias terribles sobre la crueldad de los crueles represores, detalles espeluznantes, crímenes intolerables. Es fácil temblar de indignación... pero a esa versión de la historia le faltan, en general, dos cuestiones: una razón política, la identidad de las víctimas... ya pasó mucho tiempo, ya hay otra gente... ya podemos atrevernos a dejar de ser aquellos derrotados que nos pasamos estos años deambulando melancólicos, pidiendo por los que ya no están. A dejar de movernos como los militares pretendieron.”.

Era necesario romper con el mito de la inocencia, que impedía pensar; es de gran importancia hablar del pasado, de la historia, de identidades reales, de procesos de lucha reales, romper con una versión a-histórica de las víctimas, así como de todos los que de un modo u otro participamos de la política argentina de aquellos años. “Dejar de ser aquellos derrotados”, muy bien pero, ¿para pasar a ser qué? ¿Acaso es necesario desconocer que hubo derrota y responsabilidad, que en gran medida nos derrotamos a nosotros mismos antes de ser “derrotados” por la represión terrorista estatal? ¿No destruimos nosotros mismos nuestros ideales igualitarios y libertarios al encarnarlos en la violencia (al “subordinarlos a un discurso y una práctica militarista, jerárquica, antidemocrática y antipolítica por parte de las organizaciones a las que muchos se unieron”, Hilb, 2003) o al permitir que quedaran atrapados en concepciones de populismo radical que si no estaban centradas en la violencia no eran menos tendencialmente totalizantes y antipolíticas? ¿No fuimos protagonistas de una época en la que la carga de la prueba estaba invertida a favor de la violencia y/o de la voluntad de las masas

encarnada en un líder carismático? ¿No hubo tanto responsabilidades frente a la ley como frente a las instituciones representativas?²⁴.

Se trata, empero, de batallas culturales abiertas y en pleno curso. Una contraposición simplista impugna a los jóvenes de hoy pero de un modo que contribuye a la identificación de muchos de ellos con la épica de los años dorados y de los espartacos: supuestamente, en los jóvenes de los 70, revolucionarios, dominaban los valores de la solidaridad, la entrega, la pasión, la voluntad, mientras que en los jóvenes actuales dominaría la apatía, el individualismo, el consumismo, el facilismo. Como revulsivo contra la implantación de estas formas de *conciencia dominada* operan, sin embargo, múltiples revisiones y relecturas de la historia, y a las visiones arquetípicas se contraponen relatos e investigaciones (sobre todo periodísticas) que revelan aristas más patéticas de los años heroicos. Tres años atrás, por ejemplo, dos jóvenes periodistas llevaron a cabo una vasta investigación biográfica de cuño novelesco, sobre un sobreviviente de los 70 hasta entonces acompañado de un aura de encanto y misterio, el ex guerrillero Rodolfo Galimberti (Larraquy y Caballero, 2000). Es difícil cuantificar su impacto pero en el libro, que tuvo una gran repercusión, la imagen más emblemática del "arquetipo" sea tal vez la del final: Galimberti declarando su rendida admiración a los Estados Unidos... porque allí cualquiera puede portar un arma.

* Por fin, cabe destacar que estos cambios se aproximan - inclusive en la configuración de sus pautas de olvido exculpador y memoria fijada - y eventualmente se encuentran, con temas del nacional-populismo en clave territorialista, la rememoración de la guerra de las Malvinas en primer lugar. En verdad, la transfiguración de olvidos y memorias sobre la guerra y el conflicto está en pleno curso, que conduce muy directamente a una revalorización épica de aquel episodio. Desde abril de 1982, en que abruptamente, tras la derrota en Puerto Stanley, la "gesta" se convirtió en una aventura de los militares en la que el único problema que los argentinos reconocían estaba vinculado a la improvisación militar, a errores de cálculo y a la "traición" de los Estados Unidos, hasta hoy, en que nos eximimos de cualquier incómodo autoexamen, el largo camino que comienza en junio de 1982 olvidando el abierto respaldo a la "gesta", y termina ahora recordándolo, pero con una retórica diferente, ha sido

²⁴ El talante de Caparrós se presenta como novedoso, sobre todo por la repercusión que alcanza y por la sintonía que actualmente tiene en medios y en público; es sin embargo mucho menos novedoso de lo que aparenta; ya tempranamente hubo sectores que "resignificaron" clamorosamente los hechos; grupos de la Juventud Peronista, así como sectores del propio movimiento de derechos humanos, en un acto ante la ESMA, por ejemplo, manifestaron que se reunían para "rendir homenaje a los compañeros que *entregaron su vida en la resistencia contra la dictadura oligárquico-imperialista*" (Clarín, 30-03-1984). Con todo, el desplazamiento negativo desde los primeros años de la democracia hasta los actuales, se puede quizás sopesar comparando textos muy leídos pero sólo dentro de los círculos altamente politizados, como "Hace diez años sabíamos soñar", de Mario Wainfeld (*Unidos*, 1983) y obras de gran difusión hoy día como las de Caparrós y Anguita, y Bonasso.

completado en un círculo casi perfecto. Puede ahora contraponerse a las indignas finalidades de los jefes militares y la "traición" de Estados Unidos, el orgullo del calor popular y del respaldo latinoamericano (agigantado e idealizado este último por la distancia). Y rechazarse una supuesta desmalvinización reivindicando, también aquí, a los héroes.

A partir de una fuente de origen muy diverso (en términos sociales, culturales e ideológicos) a las hasta aquí consideradas, el diario *La Nación* de Buenos Aires, podemos ilustrar este punto. Su editorial del 2 de abril de 2002, "Malvinas, 20 años después", es elocuente: con todo el olvido y la memoria necesarios, conduce directamente a una rememoración épica de aquel episodio, que exime a los lectores así como al propio periódico de cualquier introspección: "La distancia ha permitido una visión más equilibrada sobre ese conflicto bélico, respecto del cual los argentinos alentamos, inevitablemente, sentimientos contradictorios." ¿A quiénes les ha permitido la distancia una visión más equilibrada, y por qué el paso de los años debería llevar a ello por sí solo? Sabemos que no es nada evidente ese tipo de medidas en nuestra cultura nacional y nuestra memoria histórica. Pero sigue el editorialista: "Por un lado, no podemos dejar de tributar un reconocimiento emocionado a quienes lucharon con heroísmo en los helados territorios del sur y, por supuesto, a los que ofrendaron sus vidas por la patria. Por el otro, no es posible dejar de señalar el gravísimo error estratégico que significó la ocupación de las islas y el altísimo precio que debió pagar el país por esa equivocación, que tanto contribuyó a acrecentar la desconfianza con que la Argentina ha sido vista en algunos foros mundiales en los complejos contextos políticos y económicos de fines del siglo XX y de comienzos del actual. El conflicto del Atlántico sur presenta, pues, dos caras opuestas: una, entrañable y emocional, toca las fibras más sensibles del sentimiento patrio; la otra, racional y analítica, conduce a un juicio extremadamente severo sobre el resultado estratégico de las decisiones que se adoptaron en 1982". Con tan ecuánime distribución de responsabilidades, méritos y faltas, el lector, de un modo completamente inadvertido, no sólo puede acomodarse confortablemente en una de las dos caras, la primera, por supuesto, y atribuir no menos confortablemente la otra al gobierno militar -¿no fue acaso el *Proceso* quien tomó aquellas decisiones? Lo que es mucho más importante, tiene el camino expedito para reencontrarse con aquello que en algún momento prefirió olvidar, su entusiasta respaldo a la aventura: "(...) fueron múltiples los ejemplos de conducta que dejó el conflicto por las islas Malvinas. Se cuentan por centenares los testimonios de entrega, heroísmo y solidaridad que dieron nuestros soldados -y también sectores de la sociedad civil- en esa circunstancia extrema de la historia nacional". ¿Acaso el lector no fue solidario en aquel momento? Qué edificante! No obstante, llega también la ocasión de la imparcial severidad - *La Nación* cumple con su deber de ser tribuna de doctrina: "Pero es imposible no percibir la otra cara del traumático conflicto de las Malvinas. Si,

como muchos analistas suponen, la operación fue puesta en ejecución con el propósito de cambiar las condiciones políticas internas del país y lograr que el gobierno de facto pudiera continuar en el poder por un largo período, la magnitud del error se agrava y el juicio reprobatorio se torna aún más severo.” ¿Qué hiciste tú en la guerra, papá Mitre? “Pero la historia de las naciones –ya se sabe– no soporta las simplificaciones ni admite las interpretaciones reduccionistas. La guerra de las Malvinas es un capítulo de nuestro pasado que debemos asumir con todas sus facetas, las que nos enorgullecen y las que nos causan dolor, las que merecen un recuerdo emocionado y las que obligan a formular severas recriminaciones”²⁵.

De esta forma la cuestión queda implícita y ominosamente despachada: se da por descontado que todas las facetas han sido tratadas en el texto y el lector puede reconciliarse con un episodio de su propio pasado. Y contemplar, tal vez, con otros ojos, la re-malvinización en ciernes de la cultura política local, que tiene posibilidades de éxito porque en verdad Malvinas es un poderoso punto de encuentro de las más diversas tradiciones y linajes político culturales. En la solicitada de un antiguo montonero dedicada en 1991 a denunciar sin atenuantes la transfiguración de uno de ellos, de “militante revolucionario” en personaje de la picaresca porteña, se recuerda la revista *Jotapé*, editada en los 80, como “el punto de encuentro entre dos generaciones, la del 73 y la que *nació con Malvinas* para resistir el amansamiento modernizado del alfonsinismo” - el punto de referencia simbólico de su generación es el 73, y de la otra, para él, la guerra de las Malvinas. Para muchos, los carapintadas se redimieron porque se lavaron las culpas de la represión en las aguas del Jordán del Atlántico Sur. Después de

²⁵ La verdad es que lo que hizo papá Mitre durante la guerra fue apoyarla, aunque con reservas; éstas trasuntaban temor a las consecuencias del juego populista de Galtieri, y sobre todo a que el conflicto pudiese desembocar en una ruptura irreparable de los lazos tradicionales de Argentina con el mundo occidental y en una insostenible aproximación al bloque soviético, combinación de pesadilla que el diario parecía considerar más probable a medida que se hizo más y más claro que las presunciones de la Junta Militar y Costa Méndez habían fallado, y que el gobierno estaba dispuesto a improvisar cualquier alianza con tal de salirse con la suya. En los primeros días, esas preocupaciones por un salto al vacío internacional no están presentes en el diario. El editorial del 4 de abril, por ejemplo, considera la resolución del Consejo de Seguridad de la ONU como fruto de una lamentable distorsión óptica, critica a Francia, diciendo que a algunos debía haberles sorprendido la posición del gobierno socialista, al ponerse de lado de “la injusticia del colonialismo británico”, y sostiene que EEUU no podía apoyar una política colonial (“no pueden caer en el error de uncir su prestigio y su influencia a la desvencijada carreta de la política colonial”). El editorial del 11 de abril, refiriéndose a la multitud en Plaza de Mayo, “Lamentaba la presencia de algunos núcleos prosoviéticos, pero la gran mayoría – decía – había concurrido a reafirmar la causa común, por encima de pasiones partidarias. La reflexión se cerraba sugiriendo que quizás esa había sido la primera gran movilización de una nueva esperanza política, susceptible de convocar a millones de jóvenes, necesitados de banderas ejemplares” (Sidicaro, 1993). En todo caso, si para el editorial de dos décadas después, la ocupación de trató de un grave error por el que Argentina había arruinado en mucho su relación con el mundo, durante el conflicto los editoriales si por un lado recordaban angustiados que la inserción occidental de nuestro país “correspondía a raíces históricas irrenunciables” (a pesar del “colonialismo inglés”); por otro insistían en que eran los aliados tradicionales de la Argentina quienes, en la ocasión, estaban equivocados (La Nación, 8 de junio y 15 de junio de 1982, en Sidicaro, 1993).

todo, el "ni olvido ni perdón" que voceábamos las juventudes en los 70 tiene una marca malvinera, tal vez para muchos aprendida en las propias escuelas primarias: "¿Quién nos habla aquí de olvido, de renuncia, de perdón?" (Marcha de las Malvinas, Carlos Obligado y José Tieri, 1941, en Moreno, 1950).

Un tema que no hemos tratado aquí por razones de espacio, es el de las memorias y olvidos por parte de los vastos sectores y grupos sociales que de un modo u otro proporcionaron respaldos a la violencia represiva de la dictadura entre 1976 y 1980. Parece claro que, en lo que se refiere al respaldo (con matices y ciertamente heterogéneo) al terror de estado, habida cuenta de la memoria absolutamente predominante hoy día sobre aquel período, ha habido, a nivel individual, en muchísimos casos, y a nivel colectivo en grupos sociales, instituciones, etc., uno de esos "errores históricos" a los que se refiere Renan, en este caso consistente en "apagar" de la memoria las disposiciones y posiciones pro-represivas tomadas en aquel entonces. Y es posible que en este caso se haya tratado de un "error histórico" positivo: combinado con la memoria activa colectiva del terror de estado, el olvido individual y/o colectivo del comportamiento que en ese entonces no impugnaba la represión ilegal, selló quizás - *siempre y cuando aquella memoria activa siga presente* - una suerte de prevención contra los peligros del poder no sujeto a la ley, y en particular de las formas ilegales de represión. Pero, como señala Jelin (2002) en términos generales, "con relación a la historia de acontecimientos contemporáneos o cercanos en el tiempo, especialmente cuando estuvieron signados por fuerte conflictividad social y política, la instalación de una historia oficial se torna difícil y problemática..."; siguiendo el argumento digamos que la consagración de una *historia oficial* tal vez no fuera solamente imposible sino asimismo, ahora, indeseable, no sólo en términos de veracidad sino también en el de constitución o re-constitución de identidades, por lo que necesariamente tiene de "cierre" mitificante de procesos históricos conflictivos. En otras palabras, aquella *historia oficial* habría sido por fuerza demasiado indulgente. Así, no se precisa llegar tan lejos en la postulación de la necesidad de "olvido" histórico renaniano a la medida de una tarea estatal-nacional²⁶. Con todo, una breve comparación con Malvinas puede ser sumamente útil, porque el contraste no podría ser más claro. Aquí el error histórico es otro: se rememora, en lugar de olvidar, el propio respaldo, sólo que ahora dignificado y purificado! No es el respaldo a un crimen lo que se recuerda, sino un respaldo patriótico y por la mejores razones, a una causa justa, respaldo que habría sido corrompido por gobernantes que no nos merecimos.

²⁶ Para no recurrir a los más obvios ejemplos domésticos, quizás la mejor ilustración de "error" renaniano al servicio de la forja identitaria de un estado nacional sea el abrazo mítico de Vittorio Emanuele II y Giuseppe Garibaldi, que en verdad representaban dos tradiciones contrapuestas del nacionalismo italiano, acompañados respectivamente por Camillo Cavour y Giuseppe Mazzini, monárquica y conservadora la primera, republicana y democrática la segunda.

En el complicadísimo escenario argentino de los 2000, hay y habrá de todo un poco: memorias activas, memorias fijadas, relatos y olvidos en pugna. Esta pugna es vital porque hay, inescapablemente, una necesidad generacional de re-memorizar. Son muchos hoy día los argentinos que dejan el país; quien se va tal vez pueda desentenderse; quien opta por quedarse, o no puede no quedarse, necesita también un relato histórico. Mi opción personal es, en clave hirschmaniana, la lealtad *acompañada de la voz crítica*.

* La *História do Cerco de Lisboa* es una narración ucrónica del nacimiento de Portugal. En ella, José Saramago nos relata un comienzo histórico en el que ha introducido, nos sentimos con motivos para creer, acontecimientos que habrían conferido unos rasgos distintivos a un Portugal que no fue. En un episodio crucial del relato, el rey Afonso Henriques (un reyezuelo gallego de arcas exhaustas, en realidad) manda comparecer a cuatro coterráneos convertidos, de hecho, en portavoces del reclamo de la soldadesca soliviantada. El rey los interpela con ojos inflamados de indignación, advirtiéndoles torvamente que los tiene por rebeldes. Uno de ellos, un tal Mogueime, no se deja amedrentar y le responde: *“Senhor, peço-vos que não o tomeis assim, e se é verdade que há alguma ganância no nosso espírito, pensai também que é acto de justiça pagar o igual com o igual, e que este país em princípio de vida só começará mal se não começar justo, lembrai-vos, senhor, do que já os nossos avós disseram, que quem torto nasce tarde ou nunca se endireita, não queirais que torto nasça Portugal, não o queirais, senhor”*. Estas palabras resuenan en una escena que tiene por telón de fondo – y el lector lo sabe desde el comienzo – el sitio cristiano a la ciudad árabe encaramada en las barrancas del Tajo, y por sustancia del reclamo, la participación de la soldadesca gallega en el saqueo de la ciudad, en un pie de igualdad con los caballeros cruzados que, en reducido número, han decidido participar del asalto final. Aquello que estaba siendo fundamentado por Mogueime en términos de una justicia igual para todos era el derecho a robar, violar, asesinar y quemar. El relato de Saramago no tiene otra ironía que la sobria descripción de estos (ucrónicos) hechos, en los que la monstruosidad de un saqueo habría sido la marca de origen de un Portugal justo, y hacer explícita la moral de la historia, que me parece de una elocuencia abrumadora, ha corrido por mi cuenta.

Pero he traído el relato aquí porque lo encuentro particularmente expresivo de la condición política, donde no es raro que la innovación, la institución, reunan lo bueno y lo malo, la razón y la fuerza, lo justo y lo injusto. Y lo hago impulsado por la forma en que pocas semanas atrás, Néstor Kirchner, hablando en la Asamblea General de las Naciones Unidas, reunió en su presentación los dos temas, derechos humanos y Malvinas, de los que se venía ocupando este trabajo (después de todo, confirma, es de lamentarse, la facilidad con que el tratamiento político y cultural de ambas cuestiones se aproxima o

entrelaza en la escena argentina de hoy). No solamente porque el presidente se dirige al mundo equiparando los dos temas²⁷, sino por el trasfondo que lleva de cada uno a la comunidad internacional en su discurso. Kirchner ha elegido un tratamiento – presidido, eso sí, por una retórica refundacional – particularmente poco innovativo y distante de aquello que, personalmente, considero como posibles y muy deseables puntos de ruptura de la Argentina con su pasado. Y lo ha hecho en un mensaje que no es uno más, no porque sea el primero en la ONU como presidente, sino porque es un mensaje que tiene un propósito identitario ante el mundo: Kirchner presenta la “nueva agenda de la República Argentina”, y lo hace desde un “nosotros” explícito:

“Somos hijos de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo... Somos fervientes partidarios de la solución pacífica de las disputas internacionales”. Como nadie ignora, el trasfondo de la primera de estas señas de identidad es la decisión presidencial de impulsar en el Congreso la nulidad de las leyes de punto final y obediencia debida. No es raro, por tanto, que Kirchner escogiera por madres a las Madres: su decisión aparece presidida por la ética de convicciones que distingue a esta organización de derechos humanos. Su política en esta materia, sin embargo, puede inscribirse en una línea de continuidad, no de ruptura, con la que ha marcado en gran medida la historia de la democracia argentina desde 1983. Personalmente creo que el paso del tiempo nos permitirá mirar estas dos primeras décadas democráticas con ojos más benévolos que aquellos que permiten los duros tiempos de hoy – y ver en ellas, me dejo llevar en esto por mi optimismo, escalones precarios de una escalera ascendente. Como sea, si puede sostenerse que estos 20 años fueron los más republicanos que conoció nuestro país desde 1930 (esto a pesar de Menem pero también en parte debido a él), no es menos cierto que esa república encontró sus límites en encrucijadas en las que se la obligó a transar. Para salir del paso debió incurrir en fórmulas de compromiso, en arreglos que le hicieron daño. En 1987, por ejemplo, tuvo lugar un triste compromiso entre la democracia y los fusiles, que canceló el juego institucional abierto desde que el Senado, en 1983, desviara notoriamente la trayectoria que el gobierno radical se había fijado en relación a las violaciones de los derechos humanos durante el “Proceso”; en 1994 el arreglo fue entre la república y los votos (expresados, por supuesto, en la voluntad reeleccionista de Carlos Menem). En 2000, en la renuncia forzada de Fernando de la Rúa encontramos otra forma de *zafar*, en este caso entre la norma y el orden (o más precisamente entre la norma y la capacidad mafiosa de exacerbar la ausencia de gobierno y ofrecer una solución ante el vacío). Ahora, la decisión de Kirchner, acompañada por aplastante mayoría parlamentaria, constituye, a mi entender, un nuevo eslabón de esta cadena de transacciones: en este caso lo es entre la ley y

²⁷ Derechos humanos y Malvinas aparecen tratados uno inmediatamente después del otro, en un discurso que se extiende más sobre Malvinas que sobre derechos humanos.

la justicia sustantiva²⁸. Como el de Menem en 1994, el motor de Kirchner fue su propia voluntad, ningún poder fáctico lo presionó en este caso hasta forzarlo a una nueva solución de compromiso. Kirchner disponía de grados de libertad para configurar, como él dice, la “nueva agenda de la república” y podía hacerlo de un modo muy diferente al que lo hizo: afirmando, dolorosamente, la sujeción de la voluntad y el poder a la ley, tomando una decisión soberana (en sentido schmittiano) que colocara la política argentina en una nueva trayectoria (de continuidad, empero, con el espíritu del consenso democrático de 1983, pero de ruptura con la fórmula de la transacción). No se precisa ser schmittiano para saber que las reglas y el derecho no consiguen despolitizar el mundo. Pero ésta era una oportunidad para que la decisión política fortaleciese los cimientos republicanos, que buena falta les hace. El precio a pagar, como en el cerco de Lisboa, era algo monstruoso: admitir que las vicisitudes de nuestra historia reciente nos habían llevado a una situación en que ya no podíamos condenar penalmente (salvo las excepciones conocidas) a los protagonistas del terror. Podíamos, en cambio, no negar nuestro pasado y, del mismo modo en que el estado argentino se declaró en *default* y cuenta con renegociar su deuda con una quita del 75%, reconocer honestamente esta otra falencia y confiar en que la justicia sustantiva tuviera lugar (limitadamente) en una forma diferente de relacionarnos con el mundo: ahí estaban las extradiciones como una alternativa posible.

Somos también, según el presidente, partidarios fervientes de las soluciones pacíficas de las disputas internacionales. Quizás, pero en la forma y el lugar de la insistencia por Malvinas hay mucho más de continuidad que de novedad en lo que se refiere a cómo se relaciona Argentina con el mundo. Esa forma tiene tanto de autoengaño como de pretensión de que el resto del mundo participe del engaño. Equiparar, como lo hace Kirchner, ante el mundo, derechos humanos y Malvinas, confunde enormemente las cosas y es muy peligroso, ya que el implícito común a ambas cuestiones es, así, que hay una justicia que hacer, porque hemos sido atropellados, hemos sido y somos víctimas, y somos nosotros los que, si y sólo si se nos hace justicia (los represores en la cárcel y las Malvinas

²⁸ Desde luego, no ignoro dos posibles objeciones a este razonamiento. La primera afirma que Kirchner y sus seguidores en esta cuestión están vendiendo en realidad espejitos de colores. Una vez anuladas las leyes (y los indultos presidenciales) los procesos entrarían en una trayectoria sinuosa que al cabo terminaría en la nada. La segunda consiste en sostener la juricidad de la anulación de las leyes, en virtud de su hipotética inconstitucionalidad (véase, por ejemplo, Carrió, 2003). No me encuentro ahora en condiciones de discutir la primera de las objeciones y no creo, aunque no estoy del todo seguro, que la argumentación enderezada a demostrar la inconstitucionalidad de aquellas leyes y de los indultos concedidos por Menem en 1989 y 1990 sea correcta (no encuentro, por caso, nada convincente la posición de Carrió fundada en los artículos 29 y 118 de la Constitución). Con todo, me parece que lo que importa más aquí son los efectos políticos y simbólicos de la política presidencial; en ese plano, considero que mi argumento se puede sostener: la decisión de Kirchner aparece fundada en la voluntad y las convicciones y no en una especulación sobre cómo sacar partido sin pagar costos, y la necesidad (sustantiva) de castigar a los responsables del terror de estado se impone a la norma con una retroactividad conspicuamente anticonstitucional.

en casita) podríamos pensar en olvidar, en perdonar o en reconciliarnos. Esta tesitura está, sin embargo, en fuerte continuidad con la de Alfonsín desde 1983 (volvamos al statu quo anterior a la ocupación de abril de 1982, como si nada hubiese pasado, puesto que nosotros y nuestra democracia nada tienen que ver con lo que hicieron esos militares) y con la de Menem-Di Tella (podemos seducir a los kelpers, ya que ahora somos unos tipos muy *macanudos* y, créannos, confiables). Equiparar, entonces, nos lleva a una obturación de lo que deberíamos, a mi juicio, hacer con Malvinas, que es comenzar por reconocer el extravío a donde nos ha llevado hasta ahora la pasión por las islas. Este sería, también, un paso enderezado a dar mayor solidez a nuestros cimientos republicanos.

Bibliografía

- Bresciani, Stella, y Naxara, Márcia (Orgs.) (2001): *Memória e (Res)sentimento*; UNICAMP, Campinas.
- Carrió, Elisa (2003): *Nunca habrá reconciliación a través de la impunidad*; Debate, 15 de agosto, Buenos Aires.
- Cheresky, Isidoro (1995): *El ciudadano Balza*, Ciencias Sociales, núm. 22, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, julio.
- Cuoco, Vincenzo (1975) [1801]: *Saggio Storico sulla Rivoluzione Napolitana*; Unione Tipografico-Editrice Torinese, Torino.
- De Felice, Renzo (1966): *Mussolini il fascista. La conquista del potere 1921-1925*; Giulio Einaudi editore, Torino.
- De Felice, Renzo (2000): *Breve storia del fascismo*; Il Giornale. Biblioteca Storica, Milano.
- Feld, Claudia (1998): *El relato televisivo de la represión. Escenificación de otra memoria*; mimeo, Buenos Aires.
- Forster, Ricardo (1995): *Los relatos de la barbarie*, Ciencias Sociales, núm. 22, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, julio.
- Gellner, Ernest (1993): *El nacionalismo y las dos formas de la cohesión en las sociedades complejas*; en: Gil Delannoi y Pierre-Andre Taguieff (comps.): *Teorías del nacionalismo*; Paidós Estado y Sociedad, Buenos Aires.
- Glantz, Gustave (1980): *A cidade grega*; Difiel, São Paulo.
- González Bombal, Inés (1995): *"Nunca más": el juicio más allá de los estrados*; en: AAVV: *Juicio, castigos y memorias: derechos humanos y justicia en la política argentina*; Buenos Aires, Nueva Visión.
- Hilb, Claudia (2003): *La responsabilidad como legado*; en: César Tcach (comp.): *La política en consignas. Memoria de los setenta*, Homo Sapiens, Rosario.
- Jelin, Elizabeth (2002): *Los trabajos de la memoria*; Siglo Veintiuno España-Argentina.
- Larraquy, Marcelo y Caballero, Roberto (2000): *Galimberti. De Perón a Susana. De Montoneros a la CIA*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- Leis, Héctor (2002): *Condição humana e ressentimento na modernidade periférica: contribuição a uma análise comparativa dos casos de Argentina e Brasil*; Novos Estudos, núm. 64, CEBRAP, São Paulo.
- Lorenz, Federico (2002): *De quién es el 24 de marzo? Las luchas por la memoria del golpe de 1976*; en: Elizabeth Jelin (comp.): *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas "in-felices"*; Siglo Veintiuno España-Argentina.
- Medici, Alejandro (s.f.): *El movimiento de derechos humanos en la Argentina y la lucha contra la impunidad: la estrategia del escrache*.
- Moreno, Juan Carlos (1950): *Nuestras Malvinas*; El Ateneo, Buenos Aires.
- Novaro, Marcos, y Palermo, Vicente (2003): *La dictadura militar (1976-1983). Del golpe de estado a la restauración democrática*; Paidós, Buenos Aires.

Sábato, Hilda (1995): Las vueltas de la memoria; Ciencias Sociales, núm. 22; Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, julio.

Sidicaro, Ricardo (1993): La política mirada desde arriba: Las ideas políticas del diario La Nación, 1909-1989; Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Viroli, Maurizio (1995): For Love of Country. An Essay on Patriotism and Nationalism; Clarendon Press, Oxford.